

Mientras tanto, reposa ¡oh Sagrada Familia! que harto lo necesitas, al cabo de tan largo y fatigado viaje, en el cual corraste tantos peligros, padeciste tantos sobresaltos y tantas ansias, que hicieron tan penoso tu camino. ¡Oh Jesús, José y María! qué ejemplo nos disteis de sublime resignacion á los decretos del Cielo! Vosotros os mostrasteis humildes en medio de tantas tribulaciones, aunque santos é inocentes; y nosotros no queremos oír ni aún el nombre de padecimiento, despues de haber ultrajado mil veces la infinita bondad de Dios nuestro buen Padre, y merecido, no solo sus castigos saludables sobre esta tierra, si que tambien los tormentos eternos del Infierno. ¡Ah! y ¿cuándo comprenderemos, que no hay uno solo de nuestros padecimientos, que no esté ordenado á castigar aquellas culpas con que nos mostramos tan descorteses é ingratos para con nuestro Criador y Redentor; culpas que debe satisfacer con rigorosísima penitencia el que un dia quiera participar de vuestra gloria? ¡Ah! dignaos, Jesús, José y María, hacernos comprender esta solemne verdad, para que nuestra alma, uniéndose á vuestro sacrificio, y vuestro llanto, mezclándose con el nuestro, y vuestros suspiros con los nuestros, seamos de tal modo dignos de vuestra gracia en esta vida, que nos conduzca á la eterna bienaventuranza en la otra. Así SEA.

DIA VEINTE Y CINCO.

LA PERMANENCIA Y LA VUELTA DE EGIPTO.

Et erat ibi usque ad obitum Herodis.

Y se mantuvo en Egipto hasta la muerte de Herodes.

(MATTH. II, 25.)

Escrito estaba, y por cierto con profunda sabiduría, que en la historia del pueblo hebreo encerró Dios la de todo el género humano. Púsose aquél en camino para la conquista de la tierra de promision, tierra que le había sido prometida con certeza por el cielo; pero á condicion, de que se apoderase de ella, despues de haber atravesado inmensos desiertos, sostenido reñidos é interminables combates contra una multitud de pueblos que había de encontrar por el camino, y que le disputarian el paso. No faltaron algunos momentos de tregua; pero, para entrar otra vez en nuevas y más sangrientas luchas, penas y sudores, hasta poner triunfalmente el pié en la misma. Esta es la vida del hombre justo sobre la tierra, á quien le fué prometida la felicidad del Cielo; pero, á condicion, de que se haga merecedor de ella, combatiendo siempre contra las pasiones de su corazon; siendo vana toda esperanza de corona, hasta que, sostenida y librada la última lucha de la muerte, despliegue gloriosamente el estandarte de la victoria en las orillas de la eternidad. ¡Y no es esta la vida de los Santos, tanto del antiguo como del nuevo Testamento, cualquiera que haya sido su condicion y la mision á que les destinara el Cielo? Contemplad á los Apóstoles, á las Vírgenes, á los Confesores y á los mismos Solitarios de la Tebaida, y solo hallareis soldados para combatir en las batallas del Señor contra las fuerzas de la carne, de la sangre, ó del Infierno; enemigos implacables, que si permiten algun instante de reposo, es solo con el objeto de emprender con mayor

fuerza é impetu la lucha, que, finalmente, les conduce á la victoria. En esas condiciones se hallaba tambien María en Egipto, donde Dios la condujo para poner en salvo de la persecucion de Herodes á su Hijo, á fin de que allí, por decirlo así, preparase su ánimo para los solemnes acontecimientos en que debía tomar tanta parte al cumplirse la Redencion del mundo. Lo vereis despues de implorar los auxilios de la gracia: A. M.

José y María, con el Niño Jesús, andado que hubieron unas cuarenta leguas de camino á través de escabrosísimas sendas y en continuos peligros de la vida, llegaron por fin á Egipto, donde les había ordenado que se refugiaran el Angel del Señor. Y así, huyendo del furor del tirano Herodes, hallaron asilo en aquella tierra, de donde sus antepasados habían huido, diez y seis siglos ántes, para librarse del furor del tirano Faraon, que quería matar á su Hijo. Pero con más anterioridad, los antepasados de aquellos antepasados habían ido á aquella misma tierra de Egipto para salvar la vida; como sucedió cuando José, hijo del patriarca Jacob, llegó á ser virey, y siete años de dura carestía obligaron á sus hermanos y á muchos del pueblo de Israel, á recurrir á los graneros que él, profetizando, había hecho llenar durante los siete años de abundantísima cosecha, seguidos de siete de escasez. Por consiguiente, ellos habían sido socorridos por uno de ellos que se llamaba José, hebreo, del mismo modo que ahora otro José salva en Egipto la vida de Jesús. ¡Admirable enlace de los acontecimientos humanos, ordenados y guiados por la infinita sabiduria de Dios! La Sagrada Familia no podía en aquella situacion hallar mejor asilo, pues si bien entre los hijos de Israel y los Egipcios, á las amistosas relaciones de los tiempos de los Patriarcas se habían seguido los odios del tiempo de Moisés; más tarde, durante las enemistades del mismo pueblo de Dios contra los Asirios y los Babilonios, ese pueblo entró de nuevo en pacíficas relaciones con el Egipto; de suerte, que pudo reunirse allí una colonia de Hebreos, que poco á poco aumentó y prosperó de tal manera, que tuvo allí su templo, mandado edificar por el sacerdote Onias (1), ó sea el templo de Eliópoli ó Lentópoli; y allí fué donde los Setenta tradujeron la Biblia. En verdad que no era aquel el Templo de Jerusalem, el Templo de los arcos dorados, del altar de cedro, del propiciatorio, y del candelabro de siete luces, que resplandecía continuamente ante la majestad de Jehová, cuya gloria llenaba la tierra:

(1) Orsini, *La Vergine*, etc. tom. 1, cap. XIII.

pero era un lugar consagrado al verdadero Dios, y esto bastaba á su corazon y á su piedad. Dios y su templo; hé ahí, hermanos míos, lo que importaba, principalmente, á los verdaderos Israelitas; y hé ahí porque careciendo de él en Babilonia, su dolor era inconsolable. Dios, su templo y sus santos misterios era lo que importaba á nuestros mayores, donde quiera que por motivos de comercio ó de otras honestas razones, tuviesen que peregrinar ó vivir entre gentes adversas ó enemigas de nuestra fé: es esta una gloria que hallamos en todas nuestras historias antiguas. Pero hoy día ¡ah! ¿qué nos importa Dios, su culto, y los deberes para con Él? Negocios, diversiones, empresas de comercio y de industrias para acrecentar la fortuna, en esto consiste todo; nos hemos hecho ateos; y con tal que logremos vivir con cierta comodidad nuestro afán; todo lo demás importa poco, y es para nosotros un objeto indiferente. Procediendo así, ¿dónde vamos á parar?

Ahora no hay para qué decir, que José y María frecuentaron con el niño Jesús el expresado templo, donde, profundamente conmovidos, dieron gracias á la divina Providencia por haberles librado tan milagrosamente de una muerte segura; y tambien rogaron para que se cumpliese pronto la redencion del mundo. Y en verdad, que el mundo la necesitaba sobremanera, pues, por do quiera reinaba la idolatría con su cortejo de tinieblas y delitos por haber olvidado enteramente el conocimiento sincero del verdadero Dios Criador del universo. Prueba de ello es la misma ciudad que escogieron para su residencia, toda vez que adorábanse en ella un sinnúmero de ídolos extravagantes y ridículos; hasta las palmeras, los despojos de serpientes, y los árboles *aronat* eran las divinidades predilectas de las tribus de los Khozua, de los Beni-Thekif, y de los Koreischi, á causa de esto llamados por los Arabes con irónica antonomasia, los adoradores de guijarros (1). Mas las oraciones de los santos esposos no quedaron sin efecto: pues que, como refieren Ballade, Doroteo, Martin, Sozomeor, San Anselmo, San Buenaventura, Lira, Dionisio, Cartusiano, Tostado, Lodulfo y otros grandísimos autores, al pasar un dia con el Niño cerca de una pagoda, los asquerosos simulacros de las falsas divinidades que allí eran honradas y adoradas, vinieron al suelo y se hicieron pedazos. Otro prodigio nos refieren los historiadores, lleno de tan dulce poesía, que parece una de aquellas flores de primavera cuya sola vista arrebató. Dicese que en la parte de Eliópoli ó Lentópoli, habitada al mismo tiempo por egipcios y

(1) Orsini, *loc. cit.*

Arabes idólatras, se elevaba un magnífico árbol del género de la sensitiva, al cual dichos Arabes, situados á orillas del Nilo, rendían fanático culto. Cuando hé aquí que un día, al pasar por allí José y María con el niño Jesús, lo vieron bajar lenta y gentilmente las ramas, y rendir homenaje al Señor del universo, que la bella Reina de los Angeles llevaba en sus brazos. Tradición consignada por el mismo Nieburh, á quien no se le puede, por cierto, tachar de crédulo, que se conmovió extraordinariamente al observar la veneracion que, aún en nuestros días, tienen á aquel género de árboles los Arabes, que no arrancarían una sola de sus hojas por todo el oro del mundo; y no pudo ménos de reconocer, que hay en la historia ciertos hechos, de los cuales en vano trataríamos de alejar el misterio negando todo lo que es sobrenatural (1). Y yo añado, que el misterio y lo sobrenatural lo hallamos en todo; y quien no lo ve, ó es estúpido, ó miente á sí mismo para presentarse sábio á su manera, con la fácil petulancia de reirse y de negar lo que todo el mundo ve y tiene en veneracion.

Aposentada la Sagrada Familia en Eliópolis ó Lentópolis, resignóse á aguardar el cumplimiento de los celestiales decretos: y como que María amaba con tiernísimo afecto el campo, á cuyo aspecto su alma purísima elevábase en alas de altísima contemplacion, habiendo visto José, no léjos de allí, un hermoso sitio, sombreado todo por palmeras y sicomoros, con una fuente de cristalina agua en el centro, lo escogió para morada en una pequeña casa de madera, á cuyo alrededor acogíanse con frecuencia bandadas de palomas, cuya amorosa sencillez tanto regocijaba á la hermosa Madre de Dios. Ahora, empero, deseareis saber, segun creo, lo que pasaría en aquel momento en el país natal de la Virgen, donde imperaba aquel feroz tirano llamado Herodes. Vosotros mismos os habreis anticipado á mi respuesta. Allí todo era estrago, llanto, sangre y desolacion. Herodes, á quien por la sola llegada de los Magos á Jerusalem, y la pregunta que habían hecho del nacido Rey de Israel, se le habían erizado los cabellos; Herodes, que por la ambicion de mando, había muerto, segun os dije, mujer é hijos, al ver que los Magos no volvían, ordenó matar á todos los niños de ménos de dos años que se hallaran en Belen y en toda su comarca (2). Y así se cumplió, continúa el Evangelista, lo que predijo Jeremías: «En Ramá se oyeron las voces, muchos lloros y alaridos: era Raquel que lloraba sus hijos sin querer consolarse, porque ya no existen!» Fué una infame é inútil maldad,

(1) Orsini. *loc. cit.* en la nota.

(2) MATH. 13-21.

digna del tirano que, próximo á la muerte, llamó á su residencia de Jericó á todos los hombres notables del reino; y cuando los tuvo reunidos, los declaró presos, ordenando que al espirar él fuesen todos extrangulados, para evitar, dijo, que ninguno de ellos se alegrase de su muerte. Y tal vez, la degollacion de niños en Belen y su comarca, no fueron los únicos estragos que se narran en el Evangelio, puesto que de algunas indicaciones de José Flavio y de los libros del Talmud se infiere, que casi al mismo tiempo, aquel hombre feroz hizo matar en Jerusalem á varios de los más venerados maestros de la nacion, por haber creído que aguardaban y favorecían otro rey; significando de esta suerte, que quería vengarse, á la vez, del supuesto rival, y de los probables favorecedores de éste.

No me exijais ahora, hermanos míos, la descripcion de aquel bárbaro estrago y la inmensa desolacion de tantas madres infortunadas, que vieron exterminados con una muerte cruel á los dulcísimos frutos de sus entrañas. Lo hizo ya San Agustin en un admirable sermón, donde exclama: «Balan las madres como desoladas ovejas, que ven degollados á sus corderos. ¡Martirio indescribible! desgarrador espectáculo!» Y nosotros, que cada año leemos dichas palabras del santo Doctor en el oficio de los santos Inocentes, que despues de Navidad celebra la Iglesia, lloramos por ello profundamente. Confieso que no sabría pintaros aquel estrago, ni aún traducir el mencionado sermón: por consiguiente, contentaos con las palabras de Jeremías, referidas en el Evangelio, que todo lo expresan: «En Ramá se oyeron las voces, muchos lloros y alaridos: es Raquel que llora sus hijos, sin querer consolarse, porque ya no existen.» Aquellas voces, aquellos sollozos, aquellos alaridos resuenan en mis oídos, y me desgarran el corazón.

¿Veis, ahora, á qué extremos conduce una pasion no refrenada á tiempo por la razon, por los sentimientos de humanidad, y, sobre todo, por la gracia? ¡Ah! si Herodes no se hubiera dejado dominar por el furor de la ambicion, no habría cometido tantos y tan horribles delitos, hasta intentar el deicidio. Sí; Herodes es reo de haber concebido el atroz designio de dar muerte al Hijo de Dios. Y secueces suyos son, cuantos quisieran borrar el nombre de Jesucristo, destruyendo la Iglesia. Lo cual significa, que dado el primer paso en la pendiente del extravío y del crimen, todo lo demás viene en pús por una necesidad lógica, hasta llegar al colmo. Por consiguiente, sírvanos este ejemplo para no dejarnos llevar de las pasiones; las cuales ¡ay de nosotros si se apoderasen de nuestro corazón! pues toda resistencia fuera vana para refrenarlas, é irreparable la ruina.

Es propio de las pasiones presentarse, á primera vista, con belleza arrebatadora; pero, una vez se han apoderado de nosotros, fascinan la inteligencia; y oscurecen de tal modo la luz que la dirige, que no distingue el bien del mal, sinó que, por el contrario, considera el mal como un bien, y el bien como un mal; y la fuerza del raciocinio ya no es capaz de hacernos retroceder al buen camino. Me refiero especialmente á las pasiones de la venganza y de la carne, que tan miserablemente nos dominan. ¡Ah! ¿qué es de nosotros, desde el momento que cedemos á sus seducciones? Todo son tumultos, amarguras, rencores, con la pérdida del honor, de los bienes de fortuna, y hasta de la vida; y la profanacion del matrimonio, la ilegitimidad de la prole, y terribles discordias entre familias son sus legítimas consecuencias, además de la impotencia, efecto del delito, de renunciar al mal y de hacer firme propósito de virtud y de sincero arrepentimiento. Así sucedió á Herodes, que de un delito pasó á otro, y murió execrado y maldito en la tumba, é infamado por todas las generaciones; miéntras que, por el contrario, Jesús, José y María viven y vivirán bendecidos por todos los pueblos, hasta la consumacion de los siglos.

Si me preguntáreis cuánto tiempo la sagrada Familia permaneció en Egipto, os diría que, segun algunos autores, dos años y medio; y, segun otros, siete(1); y aún hoy se descubren allí señales de su permanencia. Tal es la fuente donde María iba á lavar los pañales de su niño Jesús; la colina donde los ponía á secar á los rayos del sol; y el sicomoro, á cuya sombra tanto le complacía sentarse con su amado Hijo sobre las rodillas(2); lugares de piadosos recuerdos, que ningun devoto peregrino de la Palestina y de Egipto deja de visitar. Uno de ellos, hombre de letras, muy recientemente, habla así del árbol que acabamos de citar: «No léjos de la fuente, dice, hicieronme entrar en un cerrado recinto de árboles, donde un musulman, que me guiaba, me llamó la atencion al pasar por delante de un sicomoro, diciéndome: «Hé aquí el árbol de Jesús y de María!» Y postrándome en tierra, lo besé con profunda veneracion derramando dulces lágrimas(3).» Falta referir ahora que vida observaban allí los santos esposos. Si bien se recuerda, su vida, en Nazareth, su pátria, consistía en el trabajo y en obras de piedad y de religion, respirando un aura de paz divina. Aunque enteramente se-

(1) Véase Trombelli: *Vita B. M. V. cultusque*, etc. Ansel. Cantuar., etc., Euseb., Santo Tomás.

(2) Savary, tom. I. *Corrispond. d' Oriente* tom. V.

(3) *Corrispond. d' Oriente*, tom. VI, lett. CXL.

guros en Egipto de la persecucion de Herodes, las incomodidades fueron mayores por hallarse en país extranjero. El oro de los Magos, se consumiría bien pronto, teniendo que vivir con gente que no conocía ningun sentimiento de humanidad para aquellos con los cuales no tenían relaciones de parentesco, ni simpatías de amistad. Era necesario, por lo tanto, acudir á la necesidad con la industria. Existía en Egipto, hemos dicho, una colonia hebrea; pero ¿qué podía hacer por ellos? Fué, pues, menester que José trabajase de su oficio, viviendo del jornal; y que María cosiese, diera vueltas á la rueca, ó bordase cuanto le era posible, para subvenir al escaso fruto de las fatigas cotidianas de su venerable esposo. Y no obstante, ¡cuántas veces, dice Lodulfo de Sajonia, el niño Jesús, acosado por el hambre, pedía pan á su Madre, y ella no podía acallarle sinó con caricias y amorosas lágrimas! ¡Y nosotros nos lamentamos amargamente si nos falta, no diré lo necesario, sinó cualquiera comodidad de la vida! ¡Oh diferencia! oh diversidad de afectos entre nosotros y aquella bendita familia!

No quiero omitir aquí una graciosa leyenda, en la cual resplandece una hermosísima luz de poesia divina, que hace brillar suavemente á nuestros ojos la divinidad de Jesús, aún oculta absolutamente dentro la tierna humanidad de que estaba revestido. Dice esta leyenda, que cuando nuestra Señora, la bella Madre de Dios, hubo salvado los desiertos que se hallaban entre la Palestina y el Egipto, y José buscaba lugar donde establecer su vivienda, depuso en tierra á su Jesús por un instante para ir en busca de agua por el campo, y no la pudo hallar: vuelta que hubo á su amado Niño, el cual estaba acostado sobre el suelo, halló ¡oh prodigio! que de éste había brotado un fresquísimo manantial, lo cual le causó grande alegría y contento, y dió por ello infinitas gracias á su Señor. En aquellas aguas lavó despues los humildes pañales que servían para cubrirle, y los puso á secar sobre los verdes céspedes de la llanura; y, hé aquí un nuevo prodigio, dice la leyenda, pues, cada gota de agua que caía de aquellos pañales, hacía brotar otros tantos arbustos que recreaban la vista; plantas que existen todavía, y se les da el nombre de árboles balsámicos de María(4). Hasta ahí la leyenda, de la cual podemos inferir, que la sociedad cristiana creyó siempre, que allí donde moran Jesús y Maria, se obtiene siempre por milagro cuantos bienes nos son necesarios, y que son dichosos cuantos se refugian y viven bajo su proteccion.

(4) Orsini, *loc. citat.* en la nota.

Mas hé aqui que el Angel del Señor aparece de nuevo en sueños á José, diciéndole: que Herodes había muerto y podía volver á Israel (1). Se comprenderá fácilmente, que al comunicar José esta noticia á su celestial esposa, ésta se regocijó extraordinariamente, y quizás se alegró tambien de ella Jesús, á quien sin duda María, como acostumbran las madres con sus tiernos hijos, le habría hablado muchas veces de su país natal; de los montes en que le había dado divinamente á luz, de aquellos donde Ella había nacido, y donde vivían los amigos y deudos de la familia. Emprendieron, pues, sin dilacion el camino para regresar á su país, bajo la misma proteccion que les había acompañado al alejarse de él. ¡Oh José! regresa á Nazareth, tu pátria amada, para descansar con María, tu esposa, y con Jesús, de las largas fatigas, de tantas ansias y de tantos padecimientos! Bien pronto ensanchará vuestro corazon la más pura alegría, viendo de nuevo el bello país donde os aguardan tan caros recuerdos, y donde aprendisteis por vez primera á conocer y bendecir el nombre del Dios de vuestros padres; de aquel Dios que obró allí los más grandes prodigios de su poder y misericordia, para preparar la misericordia de las misericordias que os ha sido confiada; y es el dulce Jesús, del cual tú, ¡oh José! eres custodio y defensor, por cuyo motivo tu gloria es superior á la de todas las gerarquías celestiales. Regresa, ¡oh José! á tu pátria, y tu regreso despierte á Israel de su sueño de muerte, y le prepare á recibir dignamente la solemne bendicion que le descende del Cielo.

Si, despierta, ¡oh Israel! del sueño de tus culpas, y reconoce el tiempo de tu última visitacion. Despierta, que de este instante depende tu salvacion, ó final ruina, por ser este instante para tí el exceso de la divina misericordia, á la cual resistieron tan larga y obstinadamente tus padres, endureciéndose cada día más sus corazones, hasta el punto de obligar á Dios á jurar airado, que no entrarían eternamente en su reposo (2). ¡Que este terrible juramento no caiga de nuevo sobre tu cabeza, porque sería irrevocable! Mas, ¿qué digo? ¡Ay! aquel desventurado pueblo ha sido ya abandonado por haber, no solo rehusado conocer y adorar á su Salvador en el Hijo de María, sinó por haberle calumniado, acusado y condenado á muerte, pidiendo en el exceso de su malvado delirio, que su sangre cayese como maldicion sobre sus cabezas y las de sus hijos (3). ¡Ay! á qué abismo conduce el abuso de las divinas misericordias, y la resistencia á las gracias del Cielo!

(1) MATTH. loc. cit. 20 y 21.

(2) PSALM. XCIV.

(3) MATTH. XXVII, 25.

¡Oh Jesús mio! tiemblo de piés á cabeza, reflexionando que tambien yo he cerrado por largo tiempo los oidos á tu voz amorosa, que me llamaba al arrepentimiento y á la penitencia; y negándome á reconocerte, he dicho mil veces en mi corazon, que no me cuidaba de Ti, ni temía tus castigos. ¡Piedad, oh divino Salvador, de esta alma extraviada! recuerda que moriste por ella! Y Tú ¡oh María! mostrándole tu dulce Hijo, que tanto trabajó y padeció por su salvacion, conmuévela é inflámala de tal manera en su pasada ingratitud, que uniéndosele gustosa á las penas de la vida presente, despues sea digna de pertenecerle eternamente bienaventurada en la otra. ASÍ SEA.

DIA VEINTE Y SEIS.

VUELTA DE EGIPTO, Y EL NIÑO PERDIDO.

Cum redirent, remansit puer Jesus in Jerusalem.

Cuando se volvían, se quedó el niño Jesús en Jerusalem.

(LUC. II, 43.)

Sumamente grato, hermanos míos, es para un filósofo cristiano, que no es víctima de preocupacion alguna, el estudio de los acontecimientos tan numerosos y variados en los cuales se desarrolla la vida del mundo. Con este estudio ve, que todo acontece con orden, peso y medida, y que una sabiduría infinita gobierna poderosa y suavemente el universo (1). Por cuyo motivo, lo que parece anomalía y necesidad á los que solo atienden á los hechos aislados, separados del gran todo, y del fin á que están unidos, como todos aquellos que prescinden de la luz de la fé; á la vista del verdadero sábio, ó sea, de los verdaderos cristianos, todo responde admirablemente

(1) SAPIENT. VIII.